

LXXIV

ARMAS ENVIADAS POR NUESTRO
MINISTRO EN WASHINGTONDel 1o. de Octubre de 1866 al 31 de Enero
de 1867

El objeto principal de la misión del señor Lic. Benítez en los Estados Unidos; fué como acabo de indicarlo, obtener recursos y elementos de guerra para hacer una campaña fructuosa contra la intervención extranjera. La llegada del Lic. Benítez a los Estados Unidos coincidió con la aprobación de nuestro Ministro en Washington de un contrato celebrado por el General Don José María de J. Carvajal con los señores John W. Corlies y Cia. de Nueva York en virtud del cual se autorizó la emisión de treinta millones de pesos en bonos, destinados a la compra de elementos de guerra, que se utilizaran en la campaña contra el invasor. Nuestro Ministro en Washington dió sus instrucciones al General Hermann Sturm, nombrado por el General Carvajal para hacer la compra de armas y otros elementos de guerra, a fin de que se comprasen los artículos que yo necesitase, según los informes que ministraran el señor Lic. Benítez y el General Don Pedro Baranda, comisionado al efecto por el General Don Alejandro García, segundo en Jefe de la línea de Oriente.

El General Sturm compró un cargamento que puso a bordo del vapor "Vixen", en el cual vinieron a Minatitlán los señores Benítez y Baranda.

En el volumen intitulado: "Contratos hechos en los Estados Unidos por los comisionados del Gobierno de México, durante los años de 1865 y 1866" publicado en 1868 en la imprenta del Gobierno, consignó Don Matías Romero todos los informes referentes a estos asuntos, y entre ellos (1) menciona el envío de armas destinadas a la línea de Oriente que condujeron Don Justo Benítez y el General Don Pedro Baranda, y en ese libro aparece el pormenor de los efectos enviados en el "Vixen", el costo que tuvieron los mismos y todos los demás datos referentes a ese envío.

El 9 de Noviembre de 1866 se fletó el vapor "Vixen" por el General Sturm en 600 pesos diarios pagaderos en bonos (2). El día 10 salió de Nueva York conduciendo las armas y artículos de guerra para la línea de Oriente, que se pusieron a cargo del General Don Pedro Baranda (3) El vapor se averió y tuvo que arribar en Norfolk, Estado de Virginia, en donde permaneció algunos días para reponer sus averías: después de lo cual partió para Minatitlán, (4)

Desde que yo salí de Oaxaca para Tehuantepec con el objeto de someter a Remigio Toledo, que a la cabeza de mil y tantos hombres ocupaba Tehuantepec, había llamado al General Alejandro García al Cuartel General, con objeto de que informara sobre las dificultades que tenía con algunos distritos de su línea que se le habían puesto casi en estado de rebelión contra él; y aprovechando su presencia en el Cuartel General y para causar en el ánimo de los disidentes una impresión que fuera favorable al General García, le encomendé interinamente el mando del Cuartel General que era la ciudad de Oaxaca y sus inmediaciones, y le dejé instrucciones

(1) "Contratos hechos en los Estados Unidos por los comisionados del Gobierno Mexicano durante los años de 1865 y 1866". Páginas 481, 488, 496 y 497.

(2) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.—1860-1867.—Nota núm. 141 de 9 de noviembre de 1866. Vol. VIII, pág. 558.

(3) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.—1860-1867.—Nota núm. 856 de 17 de noviembre de 1866. Vol. VIII, pág. 575.

(4) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1867.—Nota núm. 756 de 11 de noviembre de 1866. Vol. VIII, pág. 566.

para que continuara en la obra de organización de los batallones que debían servirme para la campaña sobre Puebla y México, la conclusión de las baterías que también con ese objeto había yo comenzado a construir, así como la fabricación de municiones para dichas baterías y para las armas portátiles y de vestuario y equipo para los batallones a que aludo.

En marcha para Tehuantepec recibí en Tlacolula un correo procedente de Acayucan que me mandaba Don Justo Benítez, en que me avisaba que acababa de desembarcar en Minatitlán procedente de los Estados Unidos, y que había llegado a ese puerto con una remesa de armamento, equipo, municiones y útiles de hospital. Con este motivo mandé a recibir esos efectos al Capitán de ingenieros Don Lorenzo Pérez Castro con una fuerza de guardia nacional.

El General Baranda traía el encargo de conducir dichas armas; pero como los indios de Acayucan estaban pronunciados contra el General García, ocultó su nombre y su misión y se puso bajo el amparo de Benítez, quien afrontando la situación dijo que las armas eran para mí y entonces los indios, lejos de oponerse a su conducción, ayudaron a traerlas hasta Tutepec. Recibí estas armas al volver de la expedición a Tehuantepec y las utilicé en la campaña sobre Puebla y México, que emprendí a poco.

LXXV

DON JUAN PABLO FRANCO

Del 4 de Octubre de 1866 al 30 de Enero
de 1867

Don Juan Pablo Franco, que desde que el Gobierno Federal abandonó la ciudad de México y se organizó en ella el primer simulacro de administración intervencionista, se había manifestado partidario activo y entusiasta del imperio, fué al fin nombrado prefecto superior político de Oaxaca y acompañó en su expedición a los Generales Gartois d'Herbay Bazaine, sirviéndoles con mucha actividad y eficacia, y haciéndoles creer que ejercía gran prestigio en dicho Estado, así como en el de Chiapas.

Después de la batalla de Miahuatlán, aprovechó Franco la salida de una fuerza de caballería que mandó Oroz a Puebla escoltando al Obispo Covarrubias, había sido uno de los más eficaces auxiliares de la intervención, y se asustó mucho porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba a Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguinario para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo lo cual lo desmoralizó completamente y otro tanto le pasó a Franco, y esto motivó la salida de ambos para Puebla.

Estando en México Franco con Don Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta de traidores hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, a recibir a sus respecti

vas familias, que habían mandado a traer a Oaxaca. Con este propósito salieron de México: pero en Puebla comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó a Franco que lo esperaría allí si él continuaba su marcha, aconsejándole que no pasara de allí.

Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla a Tehuacán, de que llegaba a Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que estos podían batir, la dejaron entrar a Tlacotepec para atacarla en dicha población con ayuda del vecindario.

No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, a donde llegó el primero el 6 de enero de 1867, antes de mi regreso a Tehuantepec.

Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instaurar el proceso correspondiente y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado a muerte el 26 y pasado por las armas en Oaxaca el 30 de enero de 1867 después de haber salido yo de aquella ciudad para Puebla. Interpuso el recurso de indulto que le negué.

Fué fiscal de esa causa, el Teniente Coronel Don Joaquín Ballesteros, asesorado por el auditor, licenciado don Ramón Rodríguez y su defensor, el licenciado Don José Isaac Cañas, abogado distinguido de Oaxaca.

LXXVI

MARCHA SOBRE PUEBLA

Del 10 de Enero al 10 de Febrero de 1867

El 10 de enero de 1867 entré a Oaxaca, de regreso de Tehuantepec, y me ocupé activamente de organizar la campaña sobre Puebla.

Coincidió mi regreso de la campaña de Tehuantepec con el arribo a Oaxaca del armamento que condujo de los Estados Unidos el General Don Pedro Baranda, y esa circunstancia favoreció mucho la organización de mi columna con que debía operar sobre la capital y cuya organización e instrucción había dejado encomendada al General Alejandro García, a quien había llamado de su cuartel de Tlacotalpam con ese objeto. Encontré, sin embargo, que aun no estaban concluidas las baterías rayadas que yo había mandado fundir y montar antes de salir para Tehuantepec, y que aun no estaba uniformada una brigada compuesta de los batallones 1o., 2o. y 3o.; de cazadores de Oaxaca, y encomendé ese trabajo al General Alejandro García y al jefe de dicha brigada, General Don Manuel González.

Al comenzar mi campaña, después de mi evasión de Puebla, había ofrecido a las guardias nacionales que me seguirían, que aprovecharía sus servicios hasta la ocupación de la capital del Estado de Oaxaca y que una vez logrado esto, las licenciaría a todas, regalándoles las armas con que habían hecho la campaña. Esta promesa constituía para mí un gran embarazo, y ella explica la necesidad que tenía de improvisar nuevas tropas, con carácter ya de ejército permanente a lo que procedí desde luego. En momentos, pues, en que tanto necesitaba tropas para

emprender una nueva y seria campaña, estuve licenciando a todas las guardias nacionales que exigieron el cumplimiento de mi promesa. y por fortuna logré convencer a algunos, aunque muy pocos, para que siguieran sirviendo en la nueva campaña que iba a abrirse.

No siendo suficientes para esa campaña las fuerzas que yo pudiera organizar en Oaxaca, extendí mi acción y mis esfuerzos, a los Estados de Puebla, Veracruz, México y Tlaxcala, y con ese propósito y estando todavía en la ciudad de Oaxaca, destacué con sus respectivas fuerzas, y con objeto de aumentar las, al General Luis Pérez Figueroa a los distritos de Tuxtepec y Teotitlán de aquel Estado, con orden de concurrir algunos días después al valle de Ixcaquitla. Había ordenado también a los Generales Juan N. Méndez e Ignacio R. Alatorre que aumentaran sus fuerzas, tanto como fuera posible en el Norte de Puebla y Estado de Veracruz respectivamente, para concurrir al lugar que yo designaría en una orden al efecto, y al Coronel Don Cristóbal Palacios que organizara un regimiento en los distritos de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula de Puebla, y en la parte oriental del Estado de Tlaxcala. Al Coronel Rodríguez Bocardo que había desertado del imperio y que se había puesto a mis órdenes, le mandé que permaneciera y mejorara sus tropas en la ciudad de Tlaxcala. Al Coronel Anastasio Roldán, servidor del imperio y que también se había puesto a mis órdenes con doscientos caballos, le ordené permaneciera en Acajete y amagara a Puebla por el rumbo de Ayotla. Al general Rafael Cuéllar le había mandado que organizara fuerzas de infantería y caballería en los distritos de Chalco y Xochimilco y con tiguos del Estado de México, y al Coronel Flerentino Mercado, que organizara también la fuerza de caballería que pudiera en los Llanos de Apam.

El 26 de enero de 1867 saí de Oaxaca para Acatlán, del Estado de Puebla, con una pequeña fuerza de caballería que no llegaría a trescientos hombres porque al resto de caballería que era en su totalidad de hombres de Ixcaquixtla, de Tepic y de toda la Mixteca baja y Sur de Puebla les había dado licencia para presentarse, un mes después, en el repetido pueblo de Ixcaquixtla.

Me situé primero en Acatlán con objeto de observar de cerca las operaciones del enemigo, y proteger al Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza que había avanzado con unos cuantos infantes para posesionarse de Matamoros Izúcar y organi-

zar allí un batallón que debía mandar él mismo. y también había mandado al General Francisco Leyva a apoderarse de Cuernavaca y organizar allí fuerzas de infantería y caballería con las cuales maniobraría después, según órdenes que recibiera, y mandé al general don Vicente Ramos que inspeccionara la organización de las fuerzas que había mandado levantar en los distritos del Sur de Puebla, pero desgraciadamente murió cuando comenzaba a desempeñar ese servicio que encomendé después al general Manuel Toro.

Permanecí en Acatlán cosa de dos semanas, esperando que emprendieran su marcha para incorporarse las diferentes fuerzas que había mandado organizar en los Estados de Oaxaca, Veracruz, Puebla, México y Tlaxcala.

LXXVII

SOLICITUD DE MAXIMILIANO POR CONDUCTO DE MR. BOURNOF

Del 1o. al 10 de Febrero de 1867

Estando en Acatlán en observación de las operaciones del enemigo, y con el objeto de proteger la organización de tropas que hacían por orden mía, los jefes a quienes acabo de referirme, y en espera de las tropas de Oaxaca y materiales de guerra que debían incorporárseme con el general don Manuel González, condujo un día la avanzada de Acajete por cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, a mi Cuartel General, a una persona llamada Carlos Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano según credencial que trajo al efecto, para recabar mi promesa de no batir al archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México a Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata "Novara" que lo esperaba fondeada en Veracruz.

Mr. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que los rodeaban y de los militares de ese partido que estaban a su lado; que me daría el mando de todas sus fuerzas, y que pondría la situación del país en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que

sentía gran respeto y consideración por el señor Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos a nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias lo obligaban a obrar. Me pareció que Mr. Boarnof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacer me entender que esto no era así, sino que tan solo expresaba sus impresiones personales.

Detuve a Mr. Boarnof toda la noche para mandarlo al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencia de ningún género con el enemigo y que mis únicas relaciones con Maximiliano, consistían en batirlo o ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias y que me empeñaría en hacerlo prisionero y someterlo a la justicia de la nación.

En toda esta noche fué necesario hacer algunos desfiles de tropas de distintas armas por la calle en donde había alojado a Bournof acompañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera con la prohibición que le impuse de abrir las ventanas, con objeto de que creyera que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerzas de distintas armas, cuando en realidad solo tenía doscientos y tantos caballos pues mi gran apoyo consistía en los pueblos de los distritos de Matamoros, Tepeji y Tepeaca que todos eran amigos y muchos de ellos estaban armados y dispuestos a participar de algún combate que se ofreciera cerca de sus respectivos pueblos. En esos pueblos se encontraba además, con sus armas y caballos todo el personal de mi caballería, a quien acababa de conceder licencia por un mes.

LXXVII

IXCAQUIXTLA, TEPEACA
Y HUAMANTLA

Del 8 de Febero al 12 de Marzo de 1867

Después de haber permanecido algunos días en Acatlán y de haberseme incorporado algunas de las fuerzas que esperaba, marché para Ixcaquixtla con el objeto de acercarme a Puebla y de proteger el arribo del General Luis Pérez Figueroa, que debía llegar a ese pueblo con su brigada de infantería.

En efecto, a la vez que yo, llegó a Ixcaquixtla, el General Luis Pérez Figueroa con su brigada, y algunos días después el General Manuel González que había salido de Oaxaca el 15 de febrero de 1867 con una brigada de infantería formada de los tres batallones de cazadores, dos baterías rayadas de montaña, media batería de batalla y una sección de cuerpo médico y ambulancia que mandaba el doctor Don Francisco Hernández y una compañía de ingenieros mandada por el Capitán Don Lorenzo Pérez Castro.

Una vez en estas condiciones y después de haber pasado cosa de diez días en Ixcaquixtla, emprendí mi marcha a Tepeaca, donde se me incorporaron el Coronel Don Cristóbal Palacios con cuatrocientos caballos el Teniente Coronel Sánchez Gamboa con más de trescientos organizados en Acatlán y Matamoros Izúcar y el Coronel Juan Espinosa y Gorostiza con su batallón en alta fuerza formado en Matamoros y Atlixco.

De Tepeaca pasé a Huamantla y allí se me incorporaron el General Ignacio Alatorre con las fuerzas que había organizado

en Jalapa y el General Don Juan N. Méndez con las suyas, organizadas en la Sierra de Tetela del Estado de Puebla.

Me ocupé inmediatamente de dar nueva forma a aquella masa de tropas, organicé dos divisiones, y encomendé el mando de la primera al General Don Ignacio R. Alatorre y el de la segunda al General Juan N. Méndez y una brigada de caballería cuyo mando di al General Don Manuel Toro. La primera brigada de la primera división la mandaba el General Don Manuel González, la segunda el General Don Francisco Carreón, y la tercera al General Don Luis Pérez Figueroa.

La 1.ª brigada se componía de los tres batallones 1.º, 2.º y 3.º, de Cazadores de Oaxaca, mandados, el primer batallón por el Teniente Coronel Don José G. Carbó y Mayor Don Carlos Pacheco; el segundo por el Teniente Coronel Don Juan de la Luz Enríquez y el tercero por el Teniente Coronel, Don Juan Higuera.

La segunda brigada se componía del Batallón Ligero de Matamoros, mandado por el Coronel Juan Espinosa y Gorostiza y de las Guardias Nacionales de Veracruz y Puebla, mandadas por los Generales Juan Francisco Lucas y Rafael Cravioto.

La tercera brigada se componía del Batallón de Cazadores de la Montaña, mandada por el Mayor Manuel Ramírez Terrón y otras fuerzas de Guardia Nacional de la Sierra, por Jefes cuyos nombres no recuerdo.

La segunda división se componía de fuerzas de la Sierra de Puebla que había traído el General Don Juan Méndez, acompañado de los Generales Juan Crisóstomo Bonilla, Juan Francisco Lucas y de otros jefes.

La caballería se formaba de los regimientos que mandaban los Coroneles don Cristóbal Palacios, Anastasio Roldán, Teniente Coronel Ignacio Sánchez Gamboa y General Don Antonio Rodríguez Bocardo y de otros que mandaba el Teniente Coronel Don Marcos Bravo. Mi fuerza hacía un total de cuatro mil hombres.

LXXIX

TERCER SITIO DE PUEBLA

Del 9 al 31 de Marzo de 1867

Con la fuerza organizada en Huamantla emprendí la marcha sobre la plaza de Puebla, a donde llegué por el 9 de marzo de 1867 y ocupé sin resistencia el cerro de San Juan, donde establecí mi cuartel general, tomando en el mismo día posesión del convento de San Fernando sin que el enemigo intentara defenderlo. La casa del señor licenciado Don José María de Zamacoña, situada en la cima del cerro de San Juan, me sirvió de alojamiento durante todo el sitio, y recibí en ella marcadas pruebas de franca y cordial hospitalidad. El señor Zamacoña mandó a su familia a Cholula, en donde él pasaba las noches; pero el día lo empleaba en procurar hacerme cómoda y agradable mi permanencia en su casa.

Seguí extendiendo mi línea envolvente, ocupando los suburbios de la ciudad por el Sur y por el Oriente, sin cerrar el sitio por la parte Norte, porque me lo impedían los cerros de Loreto y Guadalupe, que el enemigo tenía ocupados y perfectamente artillados, sin embargo de lo cual ocupé casi todo el barrio de la Luz y el Alto; y aunque no pude incomunicar los cerros con la ciudad, establecí con mi caballería, completa incomunicación de los cerros para afuera.

Estando en el sitio de Puebla, y pocos días antes del asalto, se me incorporó el General Don Diego Alvarez con cosa de seiscientos hombres de fuerzas del Sur y el Coronel Don Mucio Maldonado con 400 caballos de Texcoco.

Siguieron las operaciones con objeto de reducir el períme-

tro conocido por el emigo al grado de avanzar nuestra línea por la parte occidental de la ciudad hasta la plazuela de San Agustín, teniendo nosotros los tres lados de esa plazuela, Occidente, Norte y Sur, y el enemigo el lado de Oriente y de allí continuaba toda nuestra línea rectamente hasta el convento de la Merced; ocupando nosotros en todas esas calles las aceras del Occidente y el enemigo las de Oriente. Por el Sur ocupábamos la línea de manzanas en que estaba la Aduana y todas las siguientes hasta el barrio de la Luz donde nuestra línea volteaba hacia los cerros por el puente de la Luz.

Cosa de ocho o diez días antes del asalto de Puebla, que tuvo lugar el 2 de abril, el Teniente Coronel Domínguez, oficial tan arrojado como imprudente, emprendió un ataque vigoroso en la manzana que hace frente al mesón llamado "Nobles Barones", con objeto de desalojar al enemigo que ocupaba la mitad de la manzana. Como se hizo muy nutrido el fuego de fusilería en aquel lugar, y general el cañoneo en toda la línea, el General González, cuya línea comprendía la manzana ocupada en parte por Domínguez y en parte por el enemigo, acudió al lugar, siendo el fuego tan nutrido, que en el momento de salir a la azotea, fué herido del brazo derecho, por un tiro que le destrozó el codo. Yo que también había oído fuego muy nutrido, acudí y entré en momentos en que bajaban por una escalera al General González. Después de dar las órdenes conducentes para contener una hemorragia que hacía peligrosa su herida, corrí al sitio del combate con algún refuerzo que de antemano había mandado traer, y la manzana fué en esa noche ocupada por nosotros.

En uno de los últimos días del sitio, el enemigo incendió una tienda en la manzana que ocupaba el General Don Francisco Carreón, cuya tienda contenía mucha madera, pues estaba allí todo un armazón y además todos los muebles de la familia que había abandonado esa casa.

Inmediatamente que tuve conocimiento del hecho, acudí al lugar del incendio para apagarlo, y comencé por la pieza contigua a la tienda que también ardía. Hice poner al efecto una mesa en el centro del cuarto y sobre ella coloqué un caldero del rancho de la tropa, el cual lo mande llenar de agua, constantemente renovada por la que acarreamos los sol-

dados. Mientras yo, parado sobre la mesa, con una jícara arrojaba agua del caldero a las vigas del techo, el del piso superior, que me dijeron que ya había caído, se desplomó, y las vigas del interior, medio carbonizadas ya, no resistieron el golpe y cayeron sobre mí. Al oír el primer estruendo brinqué desde la mesa para la puerta de salida, y allí me encontré con el licenciado Juan José Baz, única persona que se atrevía a darme valor y a quien con mi choque arrojé fuera del peligro; pero el techo siempre me alcanzó y quedé cubierto de escombros del medio cuerpo para abajo. Cayeron en seguida las puertas de las ventanas que estaban ardiendo y me descubrieron ante el enemigo que me lanzaba sus fuegos de enfrente, atreviéndose, después hasta llegar a meter sus fusiles por las rejas de hierro, que eran las únicas que quedaban, para hacerme fuego a quemarropa, pero en esos momentos Carreón salió por los balcones de las piezas que no ardían y deshaló al enemigo, quien me hacía, sin embargo, fuego de enfrente.

Yo, entre tanto, quedé en una trampa y Luis Terán para sacarme de esa situación me jalaba de tal manera de los brazos que temí yo que los arrancara, porque Terán era muy nervioso y cuando había dificultades se ponía peor, pero un ayudante fué a traer una palanca de maniobra de una pieza de sitio, y con esa me sacó, levantando las vigas que estaban sobre mí, y Terán que no aflojaba, logró sacarme metiendo la palanca a las vigas que soportaban los materiales que yo tenía encima; pero mis botas quedaron entre los escombros.

Sufrí unas quemaduras en los muslos; me paré, vi que mis piernas estaban buenas, y me fuí en seguida a los baños de Carreto que quedaban en la misma manzana y mandé que fueran a traerme ropa porque la que tenía estaba toda quemada.

Como se empezó a propalar en mi campamento que yo había muerto en ese incendio, recorrí en seguida la línea para que me vieran todos los soldados, y luego me fuí al cerro de San Juan, en donde estaban acampadas las reservas.

Yo incendié también al enemigo algunas casas. Puse un mortero, y a las granadas de a doce les amarraba en la espole

ta un alambre con un pedazo de brin empapado en aguarrás, así incendié el circo de Chiarini, que era de madera, lo mismo que las casas inmediatas a dicho circo, hasta conseguir por este medio tomar la manzana contigua a San Agustín, que era de las más difíciles, porque esa línea central estaba defendida eficazmente por las alturas de la iglesia y convento de San Agustín.

Durante el sitio de Puebla, el General Escobedo, que a la sazón sitiaba a Querétaro, me pidió algún auxilio y le mandé al General Juan N. Méndez con parte de su división y ordené que se le unieran las fuerzas de Pachuca, que mandaba el General Martínez y las que mandaban los Generales Vicente Jiménez, Vicente Riva Palacio y Coronel Florentino Mercado, y esto permitió que llegara el General Méndez a Querétaro con un total de más de seis mil hombres y diez obuses de montaña.